

Medio	El Mercurio
Fecha	30/09/2018
Mención	¿Amenaza a la LIBERTAD DE EXPRESIÓN el caso Ian Buruma? Mención a Periodismo de la U. Alberto Hurtado.



RENUNCIA CONTROVERSIAL | Editor de revista cultural:

¿Amenaza a la LIBERTAD DE EXPRESIÓN el caso Ian Buruma?

La renuncia obligada de uno de los editores de la prestigiosa revista literaria The New York Review of Books, por no corregir el texto de un colaborador acusado y luego absuelto de abusos sexuales, marca un nuevo hito en el movimiento #MeToo. Buruma "no perdió su trabajo por conductas inapropiadas, sino por comentarios que se percibieron como que las apoyaba". Cuatro opiniones locales intentan una respuesta a la pregunta que encabeza esta página.

El exeditor The New York Review of Book, Ian Buruma.

EQUIPO ARTES Y LETRAS

Los descargos del músico y escritor canadiense Jian Ghomeshi, vertidos en la última edición de The New York Review of Books, (NYRB) luego de ser absuelto por la justicia de los numerosos casos de abuso y acoso sexual interpuestos por mujeres que testimoniaron haber sido violentadas en sus relaciones con él, molestaron a diversos sectores que a través de redes sociales pedían explicaciones por lo "insensible" de la publicación.

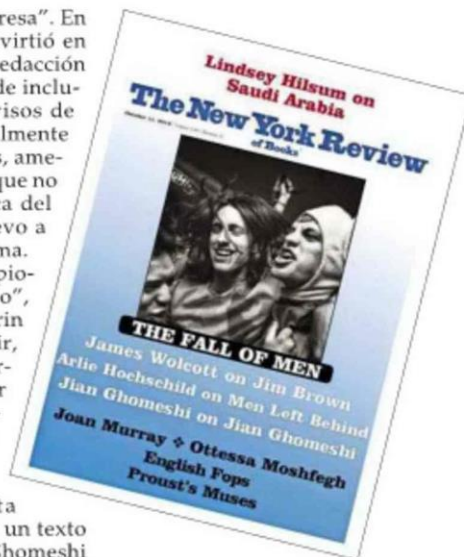
Ghomeshi escribió en un extenso artículo que se ha sentido como un "paria", que "constantemente debe estar compitiendo con una versión villanesca de mí mismo *online*", "Mi absolución dejó a mis acusadores y a muchos observadores profundamente infelices. Hubo un sentimiento entre ellos de que, independientemente de cualquier exoneración legal, era casi seguro un pene de clase mundial, probablemente un matón sexual, y que necesitaba que me responsabilizaran más allá de simplemente perder mi carrera y reputación. Desde entonces, me he convertido en un *hashtag*". "Aunque siento un gran arrepentimiento sobre cómo traté a mucha gente, no puedo confesar sobre acusaciones que son inexactas. Debí ser más respetuoso y sensible con las mujeres en mi vida. A ellas les digo, ustedes se merecían mucho más de mí".

Lo que aumentó los reclamos y los comentarios en las redes fueron los dichos de Buruma en una entrevista al portal Slate, donde dijo: "Yo no soy juez de lo verdadero y lo falso sobre cada acusación. No tengo idea sobre la exacta naturaleza de su comportamiento (Gho-

meshi), ni tampoco me interesa". En pocas horas el tema se convirtió en reuniones obligadas de la redacción al interior del NYRB, adonde incluso comenzaron a llegar avisos de sus patrocinadores, esencialmente editoriales estadounidenses, amenazando con retirarse si es que no había un retracción pública del editor cuestionado. Ello llevo a la rápida renuncia de Buruma.

"Se ha convertido en un pionero del movimiento Me Too", reflexionó la columnista Erin Vanderhoof para Vanity Fair, citada por La Segunda. "Porque no perdió su trabajo por conductas inapropiadas, sino por comentarios que se percibieron como que las apoyaba".

A posteriori, la revista newyorkina decidió incluir un texto introductorio al escrito de Ghomeshi que comienza así: "El siguiente artículo, que ha provocado muchas críticas, debería haber incluido el reconocimiento de la seriedad y el número de denuncias que se han hecho contra el escritor, Jian Ghomeshi". Concluye diciendo que la próxima edición acogerá todas las cartas y comentarios que reciba en torno al artículo.



La última edición de la revista lleva un especial titulado "La caída de los hombres".

Eliana Rozas: "Nada hay más temible para un medio de comunicación que el linchamiento digital"

Consiente, como estaba, de la onda expansiva del movimiento #MeToo y de la potencia de las redes sociales, el ensayista Jan Buruma pudo haber imaginado que el último número de la prestigiosa The New York Review of Books, titulado "La caída de los hombres", traería consigo la caída del editor. La suya.

En una entrevista otorgada al diario español El País, el pasado 20 de diciembre, Buruma aplaudió que se plantee públicamente la necesidad de modificar los comportamientos abusivos masculinos y la impunidad asociada a ellos. Pero agregó: "Me perturbaba el elemento de superioridad moral, la gente lanzando huevos contra los hombres en la pizca. La histeria ha vuelto el debate demasiado blanco y negro".



El punto es que si habiendo podido imaginar la controversia que traería consigo la publicación del artículo de Jian Ghomeshi, debió por eso obviarla.

Sin quitar ni una pizca de gravedad a las denuncias de las que fue objeto acerca de prácticas sexuales no consentidas, el artículo presenta un punto de vista insoslayable cuando se debate la cuestión del abuso (aunque a este término más o menos ambiguo hayan ido a parar acciones de muy distinta índole y gravedad): la de la inserción o reinscripción del denunciado, procesado o condenado (no es este último el caso de Ghomeshi), sobre todo cuando ella implica su expresión pública mediática. La pregunta es si puede una persona que ha sido sometida a proceso emitir una expresión pública y

pueden los medios libremente tomar la decisión de publicarla o no. Un debate serio acerca de la necesidad de poner fin a las culturas que permiten y toleran conductas abusivas, quien quiera que sea el abusador, tiene que necesariamente encarar esa pregunta incómoda. Y negar de antemano esa posibilidad es correr el riesgo de instaurar un nuevo abuso —también con los medios— y de imponer una sanción accesoria a través de una suerte de tribunal colectivo y anónimo.

En la salida del editor ha sido determinante el efecto de las redes sociales. Notables en su capacidad de "democratizar" la comunicación y de posibilitar una deliberación ciudadana, su lógica de uso tiene una contracara. No se trata solo de la violencia que se incubaba

en el anonimato, sino de un fenómeno que Byung-Chul Han describe bien en "En el enjambre": "Lo digital absolutiza el número y el contar (...) Hoy todo se hace numerable, para poder transformarlo en el lenguaje del rendimiento y la eficiencia". En ese contexto, nada hay más temible para un medio de comunicación que el linchamiento digital, sobre todo si deriva en boicot. Ante esa posibilidad, habrá algunos que preferían irse con cuidado, no sea que un "exceso de libertad de expresión" termine echando a perder el negocio y, de paso, haciendo al medio mismo inviable. Pura pérdida.

Periodista y profesora de los cursos Teoría de la Medios y Ética de las Comunicaciones, de la Facultad de Comunicaciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Habrán algunos que preferían irse con cuidado, no sea que un "exceso de libertad de expresión" termine echando a perder el negocio".

Alfredo Sepúlveda: “El movimiento #MeToo surfea hoy en la cresta de la ola de la cultura y lo aceptable”

La libertad de expresión aplicada a los triunfadores es lo más parecido a un oxímoron. Ella está para proteger a los perdedores. En su ausencia, el pesado carro de la victoria haría aquello para lo que fue construido: pasar por encima.

Por eso la libertad de expresión es un derecho “relativamente” querido por la opinión pública. Cuando está de acuerdo a lo deseable, no genera problemas. Cuando se ejecuta para lo que fue creada —evitar el exterminio del perdedor—, sí.

El movimiento #MeToo surfea hoy en la cresta de la ola de la cultura y lo aceptable. En la mayoría de los sentidos, es deseable



que así sea (muy corto el espacio, aquí, para entrar en los obvios detalles). Pero en un aspecto particular, arroja esquivas que han dañado a un espectador fundamental de todo el proceso: la libertad de expresión.

Tal vez no es del todo justo asignarle al movimiento la responsabilidad completa del daño. Toda causa —y el #MeToo es una— se construye para derrotar a los enemigos.

El alcance del #MeToo hoy objetivamente silencia las voces de quienes, como en el caso de Ghomeshi, están al otro lado: son los victimarios. ¿Quién quiere escucharlos? ¿Y qué es lo que hay que escuchar? ¿Hay algo nuevo, relevante, iluminador? ¿Qué tienen

hoy, quienes ayer tuvieron comportamientos con mujeres que van desde la idiotez al crimen, que decir? Ese es el punto: no lo sabemos hasta que esas personas hablen.

Esto choca de frente con una de las máximas más importantes del #MeToo: la voz de las víctimas debe ser siempre validada y nunca disminuida. Esto ha generado un gran desafío a los medios de comunicación y al periodismo de calidad, basado en la idea del escepticismo, el pensamiento crítico, el doble o triple chequeo de las fuentes y —muy relacionado con el caso en cuestión— la aceptación de los múltiples puntos de vista. El caso tiene un componente más comple-

jo: no solo se trata del victimario, sino de quien hace posible que su voz aparezca: Buruma. Ambos, victimario y quien no ha cometido falta moral o delito alguno, como si fueran socios de un pacto forjado en el infierno (recordemos que no lo son), deben pagar el mismo precio que, en virtud de las nuevas relaciones sociales digitalizadas y la fuerza de la causa, es la condena pública, el ostracismo, el escamio y el silencio.

Alfredo Sepúlveda es autor de “Breve historia de Chile: de la última glaciación a la última revolución” y profesor de Periodismo en las universidades Católica, Diego Portales y Alberto Hurtado.

“La libertad de expresión es un derecho ‘relativamente’ querido por la opinión pública”.

Marcela Fuentealba: “Un caso ejemplar de la censura que se ha extendido gracias el castigo ciego que facilitan las redes sociales”



Este caso es ejemplar de la censura que se ha extendido gracias el castigo ciego que facilitan las redes sociales, también al puritanismo propio de parte de la cultura de Estados Unidos, y de otros países, que ha aparecido en el movimiento #MeToo. “El poder de la humillación masiva contemporánea”, como lo llama uno de los acusados, es algo peligroso. Si una de sus mismas líderes, Asia Argento, cae acusada de abusar de un joven, hay que estar alerta ante la publicidad y fuerza de estas acusaciones.

Como dijo Buruma: “No crean que han inventado nuevos vínculos sociales, la tendencia generalizada a la sospecha, a la crítica y a la indignación han llevado más

bien a destruirlos. Solitarios interconectados sin valor político”.

El puritanismo considera inaceptables conductas que son difíciles de entender, y más aún de probar —como el caso del músico y locutor al que el editor Buruma le pidió testimonio—; también juzgan intenciones sin pensar en el contexto, en la necesidad de entender las deficiencias humanas (vengan de donde vengan) y en ningún principio de libertad de expresión, pues lo más importante es frenar “lo inaceptable”, que es lo que le pasó al editor. Porque no se trata de crímenes de lesa humanidad ejercidos desde un poder total, que es lo único en verdad inaceptable y que no admite contexto (aunque sea posible luego

descubrir “la banalidad del mal”).

Si no hay matices, no hay posibilidad de discernir, entonces todo es condenable, cada acusación o interpretación de un hecho es absoluta, sin apelación. Si las redes sociales dicen que no se puede dar tribuna a un acusado de violencia sexual, sale el editor que lo permitió. Me parece que la intención de Buruma era precisamente ampliar el margen de la discusión y de la apreciación de quien se enfrenta a un juicio, un poder básico de la sociedad, y muy relevante de seguir observando y cuestionando, hoy completamente menoscabado por la opinión de las masas. Alguien liberado por la justicia que no es abuelito por el público: sucede a todos los niveles y cada vez más, y por lo tanto

es muy importante conocer qué pasa ahí. Parece más importante ver a un liberado por la justicia que imponer una lección a un editor por dar tribuna a un hombre violento. Bajo esa premisa, difícilmente se publicaría a Truman Capote, que intentó ver qué seres humanos eran varios asesinos y hombres despreciables.

Algo importante: a los dueños del medio que lo despidió les falta valentía política para no hacerse eco de la inquisición y tener el coraje de posicionar debates, que es la tarea del editor.

Haberle pedido la otra historia, pedir su cabeza es troglodita.

Marcela Fuentealba es periodista y editora. En 2008 fundó Mujeres y, en 2016, Sapocast.

“A los dueños del medio que lo despidió les falta valentía política para no hacerse eco de la inquisición”.

Claudia Apablaza: “Las mujeres aún estamos incrédulas frente a todo lo que está pasando”

“En relación al caso de Buruma, me pasan varias cosas. En primer lugar quiero manifestar que soy feminista y creo firmemente que hay que luchar por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. En segundo, creo que el tema que aborda la revista The New York Review of Books en esta edición era uno necesario, el especial llamado “La caída de los hombres”. Un tema tremendo, de primera necesidad hoy, pero era tan delicado de llevar que había que tomarlo con pinzas, analizar muy bien qué temas y colaboradores se incluían en el especial, contextualizarlo muy bien, y creo que en eso falló pública y periódicamente Buruma. Las mujeres aún estamos incrédulas frente a todo lo que está pasando. Estos textos aún nos parecen sospechosos, no sabemos las intenciones y toda la maquinaria de poder que esconden. Desde ahí entiendo que Buruma haya tenido que renunciar. Ahora bien, sé que hoy en día a Buruma no le quedaba otra, lo único posible era la renuncia, porque todo se ha polarizado, no hay buenas intenciones. Las mujeres aún estamos en esa etapa de daño, incrédulas, suspicaces, con mucha rabia, pero obviamente que en el futuro me gustaría avanzar a una etapa en que logremos leer críticamente estos textos y testimonios como el de Jian Ghomeshi, salir de una vez del linchamiento público, porque estamos perdiendo la capacidad de debate y eso es grave”.



SERGIO ALFONSO LOPEZ

“Estos textos aún nos parecen sospechosos, no sabemos las intenciones y toda la maquinaria de poder que esconden”.

Claudia Apablaza es narradora y coordinadora de la editorial Los libros de La Mujer Rota.

